

Un poco más allá, viendo pasar un grupo de personas bien puestas que le parecieron propietarios, alzó los ojos y escupió esta bocanada de bilis filosófica:

—¡Esos rentistas qué gordos están! ¡Cómo gozan con las buenas comidas! ¡Preguntadles qué hacen de su dinero! No lo saben. ¡Se lo comen! ¡Y qué! ¡Todo se lo lleva el vientre!

II

GAVROCHE EN MARCHA

La agitación producida por una pistola sin perillito que se lleva en la mano á medio día, es una función pública tal, que Gavroche sentía crecer su verbosidad á cada paso. Iba gritando entre algunos trozos de la Marsellesa que cantaba:

—Todo va bien. Me duele mucho la pierna izquierda; me he curado el reuma; estoy contento, ciudadanos. Los paisanos no tienen que hacer; voy á echarles unos versos subversivos. Vengo del boulevard, amigos míos, y se va calentando la cosa, ya cuece un poco, ya hierve. Ya es tiempo de espumar el puchero. ¡Adelante los hombres! ¡Que la sangre impura inunde los surcos! Yo doy mi vida por la patria y ya no volveré á ver á mi concubina, no, no, todo acabó: me es igual. ¡Viva la alegría! Luchemos. ¡Caramba! Estoy ya cansado de despotismo.

En aquel momento, el caballo de un guardia nacional de lanceros que pasaba á su lado cayó al suelo. Gavroche puso su pistola en tierra, levantó al hombre y después ayudó á levantar al caballo. En seguida cogió la pistola y continuó su camino.

En la calle de Thorigny todo era paz y silencio. Esta apatía, propia de las Huertas, formaba contras-

te con el inmenso rumor que la rodeaba. En una puerta estaban hablando cuatro comadres. La Escocia tiene tercetos de brujas, pero París tiene cuartetos de comadres, y el «tú serás rey» sería tan lúgubre dicho á Bonaparte en la encrucijada Baudoyer, como á Macbeth en la selva de Armuyr: sería, poco más ó menos, el mismo graznido.

Las comadres de la calle Thorigny sólo se cuidaban de sus asuntos. Eran tres porteras y una trapera con su cesto y su gancho.

De pie como estaban parecían las cuatro esquinas de la vejez, que son: la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. En ese mundo al aire libre, la trapera saluda y la portera protege. Esto depende de la basura, según quieren las porteras, aprovechable ó útil, según la fantasía del que hace el montón. Hasta en la escoba puede haber bondad.

Esta trapera era un cesto agradecido, y se sonreía ¡con qué sonrisa! hablando con las tres porteras. Decían cosas como estas:

—¡Ah! ¡Vuestro gato sigue siendo tan malo!

—¡Dios mío! Ya sabéis que los gatos son naturalmente enemigos de los perros; y los perros son los que se quejan.

—Y el mundo también.

—Y, sin embargo, las pulgas de los gatos no se pasan á las personas.

—Y, además, los perros son peligrosos. Me acuerdo de un año en que había tantos perros, que lo pusieron en los periódicos. Era cuando había en las Tullerías unos borregos grandes que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿Os acordáis del rey de Roma?

—Yo quería más al duque de Burdeos.

—Pues yo he conocido al Luis XVII, y le prefiero.

—Lo que está caro es la carne, señá Patagona.

—¡Oh! No me habléis de eso; es una cosa horrible la carnicería. Un horror horrible.

En esto intervino la trapera.

—Señoras,—dijo,—el comercio está paralizado. Los montones de basura están ya rebuscados. No se tira nada; todo se come.

—Hay otros más pobres que vos, Vargoulème.

—Sí, es verdad,—respondía la trapera con deferencia;—yo tengo una profesión.

Hubo una pausa, y la trapera, cediendo á esa necesidad de hablar que reside en la misma naturaleza del hombre, añadió:

—Al volver á mi casa por la mañana arreglo la cesta, hago mi lección (elección quería decir) y formo unos montones en mi cuarto. Pongo los trapos en un canastillo, los tronchos en el barreño, los pedazos de hierro en mi baúl, los de lana en mi cómoda, los papeles viejos en el rincón de la ventana, lo que se puede comer en una cazuela, los pedazos de vidrio en mi chimenea, los zapatos detrás de la puerta y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se había parado detrás, estaba escuchando.

—Viejas,—dijo,—¿qué tenéis que hablar de política?

El pilluelo recibió por contestación una andanada de un sofión cuádruple.

—¡Vaya un malvado!

—¿Qué lleva en la mano? ¡Una pistola!

—¡Mirad qué maldito pícaro!

—Esos no están tranquilos mientras no derriban la autoridad.

Gavroche, despreciándolas, se limitó por toda represalia á levantar la punta de la nariz con el dedo pulgar, abriendo enteramente la mano.

La trapera gritó:

—¡Anda, bribón descalzo!

La que respondió al nombre de señá Patagona, dió una palmada, escandalizada.

—Va á ver desgracias; es seguro. El galopín de al lado, que tiene perilla, sale todos los días del brazo con una joven que lleva gorro de color de rosa, y hoy le he visto pasar dando el brazo á un fusil. La señá Bacheux dice que la semana pasada hubo una revolución en... en... en... ¿De dónde viene el becerro? En Pontoise. ¡Y ahora veis á ese horrible tunante con su pistola! Parece que los Celestinos están llenos de cañones. ¿Qué queréis que haga el gobierno con esos tunos, que no saben qué inventar para revolver el mundo, cuando empezaba á estar un poco tranquilo, después de todas las desgracias que ha habido, Señor Dios? Yo que me acuerdo de aquella pobre reina, á quien vi pasar en una carreta. Y todo eso, por supuesto, va á ser causa de que se suba el rapé. ¡Es una infamia! Iré á verte guillotinar, galopín.

—Te se cae el moco, mi buena vieja,—dijo Gavroche.—Límpiate ese promontorio.—Y pasó adelante.

Cuando estaba ya en la calle Pavée, se acordó de la trapera, y empezó este soliloquio:

—Haces mal en insultar á los revolucionarios, tía estercolera, porque esta pistola te protege; sirve para que tengas en el cesto buenas cosas que comer.

De repente oyó un ruido detrás de sí: era la portera Patagona que le había seguido, y que desde lejos le enseñaba el puño, gritando:

—¡Eres un bastardo!

—¡Bah!—dijo Gavroche;—me río de eso á carcajadas.

Poco después pasó por delante del hotel Lamignon, é hizo este llamamiento:

—¡En marcha para la batalla!

En aquel momento le sobrecogió un acceso de melancolía; miró la pistola con cierto aire de reconvencción, que parecía destinado á enternecerla, y dijo:

—Yo salgo y corro; pero tú no corres, ni de tí sale el tiro.

Después se dirigió hacia el Olmo de San Gervasio.